

Centrópolis®

El Periódico del Centro de Medellín



Bomboná - Boston - Calle Nueva - Colón - Corazón de Jesús - El Chagualo - Estación Villa - Guayaquil - Jesús Nazareno - La Candelaria - Las Palmas - Los Ángeles - Perpetuo Socorro - Prado - San Benito - San Diego - Villanueva

Memorias de los 20 años de la Plaza

Buenos





En octubre de 2020 se cumplieron 20 años de la inauguración de la Plaza Botero y el traslado del Museo de Antioquia a su sede actual. Para lograr construir una plaza con 23 esculturas del maestro Fernando Botero y un museo en lo que antes había sido un Palacio Municipal, tuvieron que sincronizarse algunas ideas, planes y personajes. Conozca en esta edición especial los detalles.

Foto: Cortesía Museo de Antioquia

En esta edición

2021 año Botero	4
El fallido plan para trasladar el Museo de Antioquia	5
Fernando Botero: el artista universal que pinta antioqueños	6 y 7
Plaza Botero: el mejor regalo que ha recibido Medellín	8 y 9
Las caras que rodean la Plaza Botero	10 y 11
Y el arte se abrió paso	12 y 13
Turismo en una plaza cosmopolita	14 y 15
De Palacio Municipal a Museo de Antioquia	16 y 17
El Museo de Antioquia dialoga con su entorno	18 y 19
El trasteo de un mural: misión del tamaño de un Botero	20

ISSN 1692-813X

Director: Jorge Mario Puerta Soto

Comité Editorial: Carlos Restrepo Mesa (vicepresidente Corpocentro), Edal Monsalve (consejero comunal de Planeación Local, comuna 10 La Candelaria), Juan David Belalcázar (director de la Alianza Cultural por el Centro), Carlos Mario Sánchez (docente), Davis Zapata (Alcaldía de Medellín), Manuela Noreña (edil comuna 10), Jorge López (presidente JAC Villanueva), Carlos Maya (habitante del centro).

Editora: Vanessa Martínez Zuluaga.

Periodistas: Andrés Puerta, Vanesa Restrepo y Juan Moreno.

Fotógrafos: Omar Portela y Giuseppe Restrepo.

Diseño y diagramación: Carlos Mario Mazo.

Síguenos en:

www.centropolismedellin.com

Twitter: @Centropolis_med

Facebook: Periódico Centrópolis

Instagram: @centro_de_medellin

Envíanos tus comentarios

y sugerencias al correo

comunicaciones@corpocentro.com



Alcaldía de Medellín

Este medio es apoyado parcialmente con dineros públicos priorizados por habitantes de la Comuna 10 – La Candelaria, a través del Programa de Planeación del Desarrollo Local y Presupuesto Participativo de la Alcaldía de Medellín.

2021 año *Botero*

Medellín homenajeará al más importante artista del país, padre de la plaza de las esculturas que le dio renombre internacional a la ciudad.

Por: Vanesa Restrepo

Hace 23 años, con una llamada telefónica y luego una carta, *Fernando Botero* oficializó una enorme donación de piezas de arte y un millón de dólares para Medellín. Ese regalo para su ciudad marcó el renacer del **Museo de Antioquia** que para entonces (1997) aún padecía por la reputación de la ciudad de ser uno de los lugares más violentos del mundo.

En el 2000 Botero estuvo en Medellín para la inauguración de la nueva sede del museo y la primera fase de la plaza con sus esculturas, que se terminaría de construir un año después. Y desde entonces ambos, museo y plaza, se han convertido en referentes de Medellín y uno de los sitios más fotografiados por los turistas.

Para celebrar dos décadas de arte, cultura y nueva vida para esa zona del centro el alcalde de Medellín, *Daniel Quintero*, decretó que 2021 será el Año Botero. “Eso quiere decir que muchas de las festividades estarán dedicadas al maestro y a su obra, incluyendo la fiesta del libro, la feria de las flores y el alumbrado navideño”, contó Quintero

en el lanzamiento de esta iniciativa el pasado 14 de octubre.

Alonso Cano, uno de los fotógrafos de la plaza, se entusiasmó con la idea. “Eso significa que el maestro volverá y que tendremos más visitantes. Eso es lo que necesitamos después de estos días tan duros de pandemia”, dijo.

Camila Marín, una paisa residente en Florida y quien por estos días llegó a la plaza, también mostró su satisfacción por el anuncio. Según ella, este tipo de eventos ponen a la ciudad en los titulares de todo el mundo “y eso es bueno porque son hechos positivos. Todavía tenemos un estigma que nos persigue, y aunque la gente ya nos reconoce por muchas cosas bacanas, todavía sigue siendo más común que le pregunten a uno por los narcos”.

¿En qué va el plan?

María del Rosario Escobar, directora del Museo, explicó que aún están definiendo detalles de lo que será la programación. “Seguimos en etapa de planeación con la alcaldía porque esto es de la mano

con ellos. Hay muchos avances pero la agenda no está completa. Pronto estaremos contándoles las novedades”, dijo.

Agregó que desde el museo se realizarán actividades de apropiación de los espacios públicos (plazoleta), becas de creación, apoyos concertados y exposiciones, “Lo que sí quiero aclarar es que la programación será mucho más amplia porque además del Año Botero, tenemos los 140 años de creación del museo y queremos hablar de muchas otras cosas”, agregó.

La primera actividad del Año Botero se hizo durante el pasado mes de octubre, cuando se permitió el acceso gratuito de los visitantes al museo. Escobar dijo que la iniciativa tuvo mucha acogida entre la comunidad y que la cantidad de visitantes aumentó, aunque no especificó en cuánto, pues señaló que las cifras aún están en consolidación.

“Nos fue muy bien, no hemos estado solos ni un solo minuto y la gente está dejando mensajes muy bonitos”, concluyó. 

Distrito histórico, el complemento perfecto

Durante el lanzamiento del Año Botero, la alcaldía también anunció la creación del Distrito Histórico para el centro de la ciudad en el que CORPOCENTRO tiene parte activa. El acuerdo para hacer realidad esta iniciativa fue firmado por el alcalde Quintero, la gerente del centro, *Mónica Pabón*; el director ejecutivo de Corpocentro, *Jorge Puerta* y el gerente del Metro, *Tomás Elejalde*.

“Este proyecto continuará con la transformación que arrancó hace 20 años con la inauguración de Plaza Botero y el traslado del Museo de Antioquia. Para nosotros es vital su integralidad y sostenimiento futuro, por lo que lo estamos planeando desde cuatro dimensiones: físico espacial, socio cultural, económica e institucional. Esta será una alianza público-privada referente para el país”, dijo Pabón.

Foto: Cortesía Museo de Antioquia

El fallido plan para trasladar el Museo de Antioquia

La donación del maestro Fernando Botero, hace más de 20 años, obligó a buscar una sede más grande para el museo. Se analizaron 28 propuestas, incluyendo la sede de la Fábrica de Licores de Antioquia.

Por: Vanesa Restrepo

Foto: Cortesía Museo de Antioquia

Era 1997. Mientras la ciudad hervía en las pasiones típicas de una jornada electoral, un grupo de arquitectos acompañado de *Pilar Velilla*, directora del Museo de Antioquia para ese momento, recorría los pasillos de la Fábrica de Licores de Antioquia en Itagüí.

A diferencia de los visitantes usuales, ellos no miraban las máquinas destiladoras de alcohol ni probaban los licores para verificar su calidad. Su propósito era definir si esa estructura (ubicada al lado de la recién inaugurada estación Aguacatala) podría servir como nueva sede para el museo que buscaba un espacio más grande.

La búsqueda no era fortuita. Varios meses antes, el 23 de mayo de 1997, cuando Velilla asumió como directora del Museo, se comunicó con el artista *Fernando Botero* pues había escuchado que el maestro tenía intenciones de donar parte de su obra a la tierra que lo vio nacer. “Yo sabía que el museo estaba casi en quiebra pero le dije que íbamos a crecer. Le pregunté si la oferta de la donación se mantenía en pie y él me dijo que sí, entonces le pedí que me dejara todo por escrito”, recuerda ella.

Ese mismo día llegó un fax dirigido al entonces alcalde de Medellín, *Sergio Naranjo* y al gobernador de Antioquia, *Álvaro Uribe Vélez*.

“Medellín necesita un gran museo que sea un atractivo más para la ciudad. Un sitio de fácil acceso, campestre, seguro, donde los jardines sean un atractivo más junto al arte. Un lugar de reposo y contemplación. Si el Municipio o la Gobernación donaran un lote realmente importante en tamaño y en ubicación, se podría construir un museo sobre los planos ganadores de un concurso arquitectónico”, se lee en la misiva firmada por Botero y que fue divulgada en varios medios de comunicación de la época.

Pilar se reunió con ellos y les dijo que esta era la oportunidad perfecta para poner a la ciudad en el radar mundial y ambos estuvieron de acuerdo. Uribe propuso revisar lotes grandes, entre ellos el de la Fábrica de Licores de Antioquia (FLA) que no atravesaba por un buen momento y Naranjo dijo que tal vez podría quedarse en el centro y ocupar el antiguo Palacio Municipal.

Velilla y los expertos recorrieron 28 lotes en la ciudad e incluso alcanzaron a conversar con alcaldes de otros municipios como Bello. La idea de crear el museo en los más de 110.000 metros cuadrados del lote de la licorera ganaba cada vez más fuerza pues los arquitectos estaban maravillados con los techos paraboloides y soñaban con que se convirtieran en salones con paredes de vidrio.

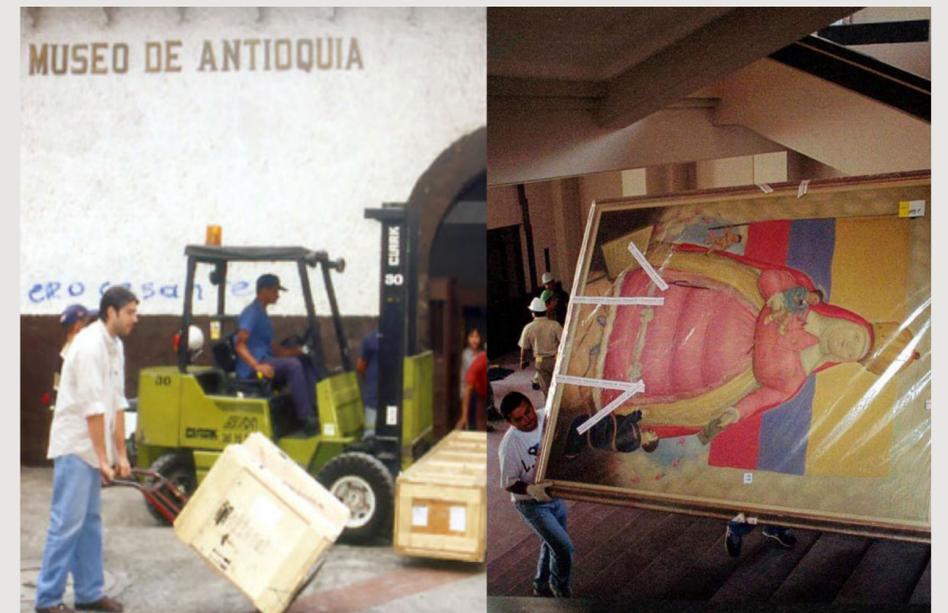
El cambio de gobierno (en enero de 1998 *Juan Gómez Martínez* asumió como alcalde y *Alberto Buites Ortega* como gobernador) obligó a posponer la decisión hasta 1998. Gómez se comprometió a sacar adelante el proyecto para que la donación se hiciera efectiva, confirma Velilla.

Durante ese tiempo la FLA recibió una inyección de maquinaria para el lavado y enjuagado de las botellas y empezó a apostarle a más negocios, lo que enredó el traslado. Finalmente el gobierno de Medellín modificó el POT y se acordó que el museo se instalaría en el Palacio que años antes había sido declarado monumento nacional.

Con el cambio de sede empezó una nueva etapa para el museo y para la ciudad en general. Velilla cuenta que le propuso a Gómez que la manzana de edificios que estaba frente al museo fuera demolida para dar paso a una plazoleta y a él le encantó la idea. Botero se comprometió a que si esa obra se hacía realidad donaría 14 de sus esculturas (finalmente llegaron 23), además de las salas de dibujo, pintura y escultura con las que ya se había comprometido, y un millón de dólares para que el museo impulsara aún más su crecimiento.

En enero del año 2000 el maestro le contó al mundo, a través de una entrevista con el diario *New York Times*, que todo había salido bien y que viajaría a Medellín para el lanzamiento del museo y de la plazoleta. “Me dieron control total para hacer lo que quiera y quiero salas simples, minimalistas, donde el foco esté en el arte y no en la sala”, dijo entonces.

El 15 de octubre de ese año, dos niños cortaron la cinta del nuevo museo y Botero hizo el primer recorrido. Desde las pantallas de televisión la ciudad vio nacer dos de sus nuevos íconos. 



Fernando Botero: el artista universal que pinta antioqueños

En una ciudad, para ese entonces, sin museos ni galerías, parte de su formación artística se la debe a cafés como La Bastilla, donde se respiraba un ambiente intelectual, con la reunión de artistas, escritores, periodistas.

Por: **Andrés Puerta**

Uno de los principales maestros que tuvo **Fernando Botero** fue una motocicleta. La compró junto con un amigo suyo, estudiante de cine nacido en Popayán, era una Vespa en la que hicieron un recorrido desde París hasta Roma. Estaba equipada con una carpa para dormir y ollas para cocinar. Cuando llegaron a la Ciudad Eterna, Botero pudo conocer los frescos de **Miguel Ángel**. Después, se quedó con la moto y continuó su viaje hacia el norte de Italia. Allí vio las obras de **Piero della Francesca**, de **Giotto**. En esa época viajaba por horas, mal dormía en parques, pero estaba feliz fortaleciendo su formación y ratificando una vocación que lo había llamado desde muy niño, para él esos viajes de estudio fueron más enriquecedores que las enseñanzas en cualquier escuela.

Un mediodía de su infancia, el papá de Fernando llegó con un regalo, era un perrito envuelto en un periódico, el señor comenzó a sentirse mal, fue hasta el patio y murió de un infarto, Botero tenía 4 años. Su mamá era costurera y de ella heredó la sensibilidad, aunque en su familia no había una tradición artística. Un tío suyo lo inscribió en una escuela de toreros, pero se dio cuenta de que era mucho más feliz pintando a los toros que enfrentándolos, también dibujaba paisajes y naturalezas muertas. A los 19 años ya sabía que quería ser pintor.

En esa vocación existe una relación estrecha con el centro de Medellín: el primer cuadro que vendió fue en la tienda del sastre Rafael Pérez, ubicada en la calle Junín; terminó el bachillerato en el Liceo de la Universidad de Antioquia, en el edificio San Ignacio. En una ciudad sin museos ni galerías, parte de su formación artística se la debe a cafés como **La Bastilla**, donde se respiraba un ambiente intelectual, con la reunión de artistas, escritores, periodistas. El primer cuadro que donó, al entonces Museo de Zea, fue Exvoto, en el que se observa al artista de rodillas ante la Virgen rogán-

dole para ganar la Segunda Bienal de Coltejer, en 1970. Otra donación suya, la Gorda, llegó en una travesía desde Pietra Santa, el 15 de septiembre de 1985, y se convirtió en un referente del **Parque de Berrío**. El Pájaro del **Parque de San Antonio** recibió un atentado el 10 de junio de 1995, años más tarde Botero envió un nuevo Pájaro para ubicarlo al lado del que resultó dañado por la explosión.

Botero expuso sus primeras obras en Medellín cuando le encargaron ilustraciones para el periódico El Colombiano, con el dinero que ganó se ayudó a pagar algunos de sus estudios. Su primera exhibición individual fue en la galería de Leo Matiz, que en realidad era la casa del fotógrafo en Bogotá. Con las ganancias que obtuvo se fue

a Tolú, allí vivió con un maestro de escuela y un pescador que salía para el mar todos los días a las cuatro de la mañana. Dormían en una choza de paja, con piso de tierra y hamacas. Estuvo nueve meses únicamente con tres mudas de ropa y sus pinturas. Pintaba debajo de un árbol, en un patio de tierra pisada. Por esos días presenció una escena que lo marcó. Se estaba bañando en el mar y dos policías llevaban a un hombre colgado de un palo, amarrado de pies y manos, como si fuera una fiera recién cazada. Esa visión fue la inspiración de su obra Frente al mar, con la que participó en el Salón Nacional de Artistas y obtuvo el segundo puesto. Con el dinero que ganó, compró un pasaje en barco para irse a Europa.

Viajó en una embarcación italiana que llegaba a Buenaventura, pasaba el canal de Panamá, Curazao, las islas Canarias y paraba en Barcelona. En el recorrido conoció a muchos estudiantes colombianos y probó el vino, que era gratis y lo servían en botellones. Aunque era el único pintor, todo el recorrido se la pasó tertuliano con sus coterráneos, estaban entusiasmados por la ilusión de llegar a Europa.

A Madrid llegó con la intención de estudiar las obras de **Picasso**, pero se fascinó con las pinturas de **Goya** y **Velásquez**. Incluso vendía, en las afueras del Museo del Prado, copias que pintaba. Es posible que los compradores no se hayan enterado de que el autor de esas reproducciones también subastaría cuadros por millones de dólares, años después. Sus obras decoran las paredes de artistas como **Jack Nicholson** o **Silvester Stallone**.

Luego vino la época italiana de la Vespa y, más adelante, un periplo por Estados Unidos. Su primera exposición norteamericana fue en el Milwaukee Art Center, donde fueron tantas críticas positivas que se le abrieron muchas puertas alrededor del mundo.

Para incursionar en el mundo de la escultura, dejó de pintar por un tiempo, consiguió barro y todas las herramientas necesarias. Le pidió consejos a **Pedro Moreno**, un amigo suyo, quien comenzó a explicarle y en dos horas, según cuenta, ya tenía clara la técnica. Una cabeza fue la primera escultura que hizo en bronce.

Por esa época, en los setenta, tuvo un accidente de tránsito en el que murió su hijo **Pedrito**



Foto: Hernán Díaz. Colección fotográfica del Banco de la República

Botero, este hecho afectó profundamente su obra, en la que se refugió para intentar conjurar el dolor.

En el universo sensible del arte, las cifras pueden resultar ajenas, paradójicas. No obstante, también pueden demostrar la recepción de la crítica y la cercanía con el público que ha logrado un artista. En el año 2003 la revista **ArtReview**, una de las más prestigiosas de Europa, publicó la lista de los diez artistas vivos más cotizados del mundo. La cantidad de obras subastadas y el precio pagado por ellas fueron algunos de los parámetros utilizados para la clasificación. De América Latina únicamente se incluyó al maestro **Fernando Botero**, quien ocupó el quinto lugar.

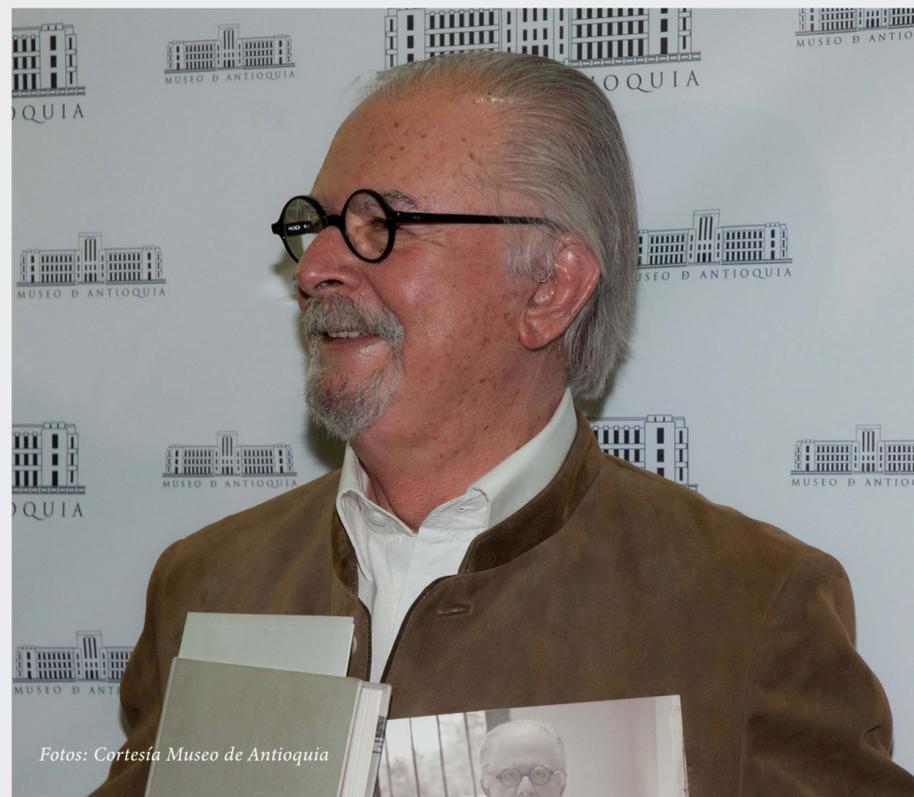
Botero ha exhibido sus obras en lugares como: París, Montecarlo, Nueva York, Madrid Chicago,

Washington, Jerusalén o Sao Paulo, incluso sus esculturas estuvieron en la Piazza della Signoria, de Florencia. Era la primera vez que exhibían las obras de un artista invitado, al lado de las esculturas de **Cellini**, **Giambologna** y **Miguel Ángel**.

Uno de los motivos que explica su reconocimiento es haber desarrollado un estilo propio, que le permite ser identificable inmediatamente, en esa marca distintiva están contenidas sus convicciones artísticas, la síntesis de sus reflexiones y certezas logradas con el paso del tiempo. De hecho, según él mismo cree, *“el estilo es lo único que no se puede enseñar y nace de las necesidades espirituales que se tengan”*. Lo primero realmente boteriano que pintó fue una mandolina, le atrajeron la amplitud y la generosidad del trazo exterior, le gustó la combinación de figuras grandes con objetos pequeños al lado. Llegar a esas búsquedas le tomó 15 años.

Según la fábula de la civilización occidental, alcanzar ese nivel de reconocimiento requiere un talento extraordinario y una disciplina a prueba de todo. Su hijo **Juan Carlos Botero** lo define como la persona más trabajadora que conoce. Crea todos los días y todos los años, en Navidad y en su cumpleaños, nunca está de vacaciones. Para el maestro no hay felicidad más intensa que pasar el tiempo con un pincel en la mano.

A **Fernando Botero** le parece increíble tener fama universal sabiendo que toda su vida se ha dedicado a pintar antioqueños, la mayoría de los motivos de su obra tienen que ver con Colombia. De hecho, quiere ser recordado como el autor de las esculturas de la Plaza Botero y que su alma se vaya para *“una tienda donde vendan aguardiente”* ☞



Fotos: Cortesía Museo de Antioquia



Plaza Botero: el mejor regalo que ha recibido Medellín

Ningún lugar en el mundo agrupa tantas esculturas del maestro Fernando Botero como la plaza que lleva su apellido. Su donación ha sido el regalo más grande que haya recibido la ciudad.

Por: Andrés Puerta

El día de la inauguración de la **Plaza Botero**, al maestro *Fernando Botero* se le salieron las lágrimas cuando el obispo bajó y le dijo a él y al alcalde que se sentaran en el altar mayor de la Basílica Metropolitana. En ese momento recordó cuando entraba a la iglesia de la mano de su madre *Flora Angulo*, quien recién había enviudado y que trabajaba muy duro para poder sacarlos adelante a él y sus dos hermanos. Se imaginó el orgullo que ella sentiría viéndolo allí.

La noche en que llegaron las esculturas estaba lloviendo, las montaron en camiones, el maestro y el alcalde se fueron a la Plaza a esperarlas. Botero, protegido bajo una sombrilla, supervisó la ubicación de cada una, indicaba hacia dónde debían mirar, decidió a que altura tenían que estar, terminaron a las 5:00 de la mañana. La inauguración, a la que estaba invitado el Presidente de la República, era a las 11:00. Adentro del Museo también cuidó cómo y dónde se colgaba cada cuadro.

Para conmemorar la inauguración hicieron varias celebraciones. La primera de ellas involucró a todos los trabajadores del museo, el discurso central lo ofreció doña Luz Marina, una señora que servía los tintos y que había soñado, en las épocas más difíciles, que la prosperidad llegaría. En el sueño premonitorio pudo ver cómo ingresaban por la puerta del museo cántaros de leche con los que ha-

cían postres y arequipe. En la segunda, invitaron a cinco mil niños de Antioquia quienes cortaron la cinta. La tercera fue una fiesta de gala amenizada por Totó la Momposina y, en la madrugada, 70 mariachis que cantaron las canciones favoritas del maestro. Esa noche, Botero donó al Museo un cheque por un millón de dólares.

En diciembre de ese año, el alcalde invitó al maestro para que fueran a ver alumbrados en un camión de escalera. Mientras bajaban por la avenida La Playa, la gente los reconocía y les ofrecían tragos de aguardiente. Esa es una de las muestras de afecto popular que permanentemente recibe y que tanto emocionan a Botero. Él disfruta que la gente humilde reconozca su trabajo, encontrar en las cantinas láminas con los cuadros que ha pintado.



Foto: Giuseppe Restrepo

Entre las décadas de los ochenta y noventa, la ciudad y el país estaban sumidos en una crisis profunda, la muerte era una presencia inminente en cada esquina. Medellín fue considerada la capital urbana más peligrosa del mundo, en 1991 se registraron 4 mil asesinatos, la cifra necesaria para llenar dos veces el teatro de la Universidad de Medellín, el más grande de la ciudad. Todas las personas e instituciones estaban en crisis, el **Museo de Antioquia** llevaba cuatro años sin pagar sueldos ni parafiscales, las luces de las diferentes salas únicamente las prendían cuando entraba algún visitante. Paradójicamente, *Fernando Botero* vivía su momento de mayor esplendor y prometió una gran donación a su ciudad natal.

La encargada de liderar el proceso fue *Pilar Velilla*, una mujer de ojos claros, sonrisa discreta y gran poder de convencimiento. Cuando llegó al viejo Museo, ubicado al lado de la iglesia de la Veracruz, algunas obras estaban en un cuarto sin control de humedad ni temperatura, otras estaban debajo de las escaleras, el registro se llevaba en un cuaderno escolar. En las afueras, había una cantina donde vendían drogas y licor adulterado, alcohólicos y drogadictos dormían en el piso, orinaban y defecaban contra las paredes. Desde el museo comenzaron a tratar de cambiar la imagen, pusieron enormes jarrones con rosas en la entrada, intentaron atraer nuevos públicos. Llegaron colegios, padres de familia con sus hijos. En poco tiempo, se trasladó la cantina y al frente pusieron una venta de artesanías. Al evocar este momento, la directora de ese entonces, sonríe complacida.

Después, se comenzó a gestionar el traslado del museo para una nueva sede, se visitaron terrenos en Bello, en la Fábrica de Licores y, al final, se de-

dió que fuera en el edificio del antiguo Palacio Municipal, el primero construido por una firma local. El proceso se convirtió en una icónica alianza entre el sector público y el sector privado.

De manera paralela, se inició el proceso de la construcción de la Plaza de las Esculturas, un espacio de 7 mil metros cuadrados, con 23 estatuas donadas por el maestro Botero. Tuvieron que demolerse edificios como el Luna Park (donde había billares, cafeterías, sastrerías y peluquerías) y el edificio de oficinas del Metro, que ni siquiera se había estrenado (la decisión fue compleja y obligó al alcalde de ese momento a demostrar que era más importante para la ciudad la construcción de la plaza). *Don Jhon Mario Areiza* trabaja en el sector desde 1996, en su máquina de escribir redacta contratos, compraventas y casi cualquier documento jurídico. Hoy en día sigue digitando afuera de un bar en los alrededores. La Plaza se construyó como una nueva centralidad para Medellín, que después de la obra del viaducto del Metro perdió el centro natural, ubicado en el Parque de Berrio.

El día de la inauguración también se hizo un festival con 800 artistas, desde una bailarina de ballet hasta un grupo de rock. Ese fue el día en el que Botero lloró y en el que, además, se convirtió en el primer guía del museo, al conducir varias expediciones de niños por los salones, corredores y escaleras.

Se están celebrando los 20 años de su inauguración

Alberto Ávila es fotógrafo desde hace años 15 en la Plaza, llegó desplazado del municipio de La Dorada, Caldas, él ha sido testigo de la transformación

que ha traído para la ciudad este espacio que es epicentro turístico. Con el dinero que gana fotografiando a turistas locales, nacionales y extranjeros obtiene el sustento para él y su esposa, además paga la educación universitaria de sus dos hijas.

María del Rosario Escobar, actual directora del Museo, una mujer entregada a la cultura y que ha establecido un diálogo permanente con el entorno de la plaza, piensa que la mejor forma para celebrar es adquirir mayor conciencia, pensar e investigar sobre el espacio público, analizar lo que fue esta alianza pública y privada, dejar un legado, un conocimiento, por eso desarrollaron una investigación y un documental sobre el Museo y la **Plaza Botero**.

En la celebración, la Gerencia del Centro, de la Alcaldía de Medellín, el Metro, el Museo y Corpocentro anunciaron la firma de una alianza para la creación del Distrito Histórico del Centro de Medellín. Además, el alcalde *Daniel Quintero* comunicó que el 2021 será el año Botero. El maestro recibirá condecoraciones y algunas de las principales fiestas estarán engalanadas por su obra.

Mientras en otros espacios de la ciudad a las esculturas hay que mirarlas hacia arriba, porque están montadas en pedestales y son inalcanzables. En la Plaza están cerca, la gente puede tocarlas, interactúa con ellas, puede decirse que tutean a la gente. Las personas las sienten como propias y por eso cuando alguien ha intentado atentar contra ellas, todos se movilizan. En la proximidad radica su defensa. Como la gente puede tocarlas, las considera intocables. ■



Foto: Omar Portela

Las caras que rodean la PLAZA BOTERO

Fotógrafos, vendedores de artesanías, tinterillos, turistas y locales se mezclan en uno de los puntos más visitados de Medellín. Desde hace 20 años la ciudad tiene este lugar como punto de encuentro, el único en el mundo en el que 23 esculturas del maestro Fernando Botero gravitan a la altura de cualquier transeúnte.

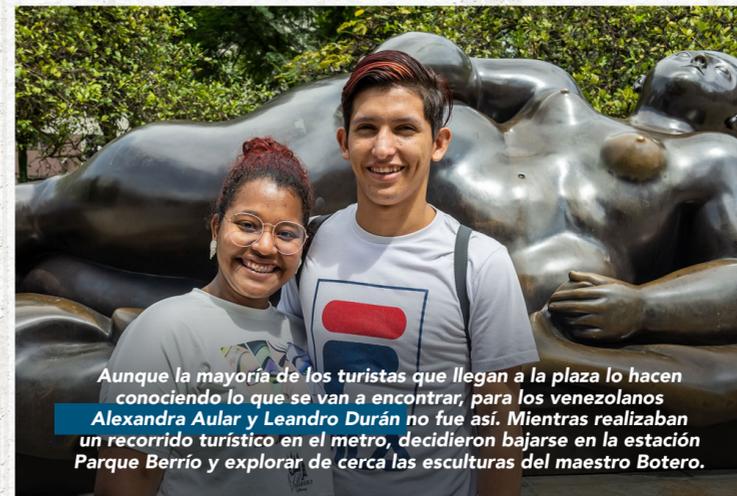
Fotos: Giuseppe Restrepo



Romualdo Páez es de Aguachica (Cesar) y llegó a la ciudad en 1979. Trabajó siempre en las calles del centro de Medellín, las cuales dice conocer al dedillo. En la Plaza Botero laboró del 2005 a 2015, cuando decidió retirarse porque el trabajo ya no era tan bueno, aun así, no deja de pasar y saludar a sus amigos.



Clara Tabares ha trabajado en las inmediaciones de la Plaza Botero desde su inauguración, sin embargo, en el oficio de vender souvenirs tiene poco más de dos años, antes se destacaba tomando fotos a los turistas.



Aunque la mayoría de los turistas que llegan a la plaza lo hacen conociendo lo que se van a encontrar, para los venezolanos Alexandra Aular y Leandro Durán no fue así. Mientras realizaban un recorrido turístico en el metro, decidieron bajarse en la estación Parque Berrío y explorar de cerca las esculturas del maestro Botero.



Cada vez que Claudia Panesso viene desde Cali a Medellín, en su itinerario no puede faltar la visita a la Plaza Botero con su familia. Dice que es un lugar maravilloso y que le encanta que sean tantas las esculturas que puede detallar.



Cuando Ramón Durango llegó de Ciudad Bolívar a Medellín, empezó a trabajar en una fábrica de arepas, sin embargo, no tardó en retomar su oficio como fotógrafo. Desde hace 19 años se encarga de coordinar encuadres, ajustar luz y capturar momentos para la posteridad.



Desde hace 50 años, John Mario Álvarez se dedica al oficio de redactar todo tipo de documentos como cartas de recomendación, laborales, de compraventa, documentos comerciales, para declaraciones de renta o extrajuicio. Es un "tinterillo" y aunque antes trabajaba en el Palacio Nacional, desde 1996 lo hace en los alrededores de la plaza.



Pocas veces Jorge Iván Montoya pasa desapercibido. Los sombreros que vende los apila uno encima del otro en su cabeza, es como si un sombrero gigante rodeara continuamente la plaza desde hace 10 años.

Y el arte se abrió paso

La de la Plaza Botero es la única exposición permanente del Maestro en el mundo y al año es visitada por miles de turistas de los cinco continentes y todas las regiones de Colombia. Para hacer realidad esto, varios edificios tuvieron que demolerse. Conozca su historia.

Por: **Juan Moreno**

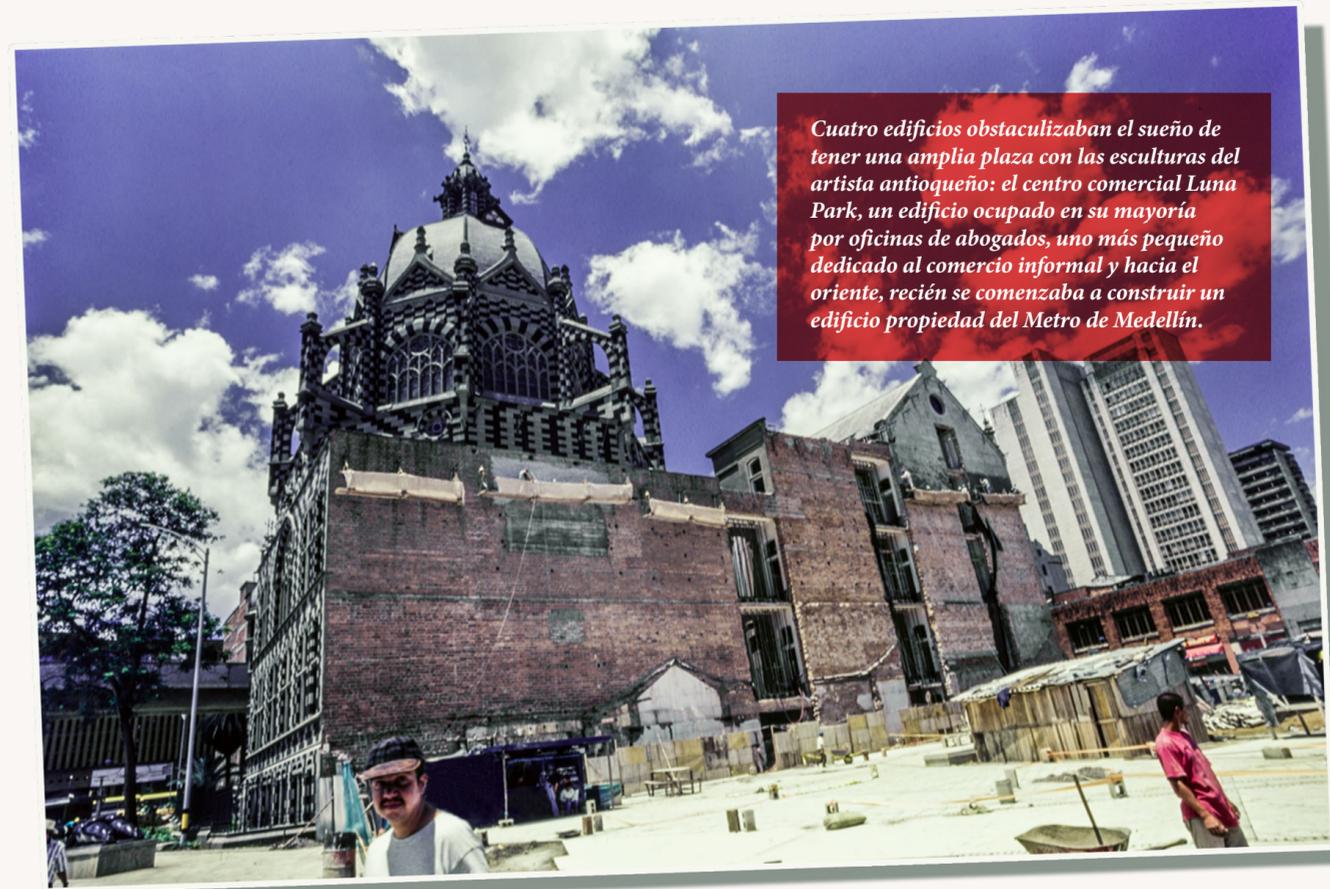
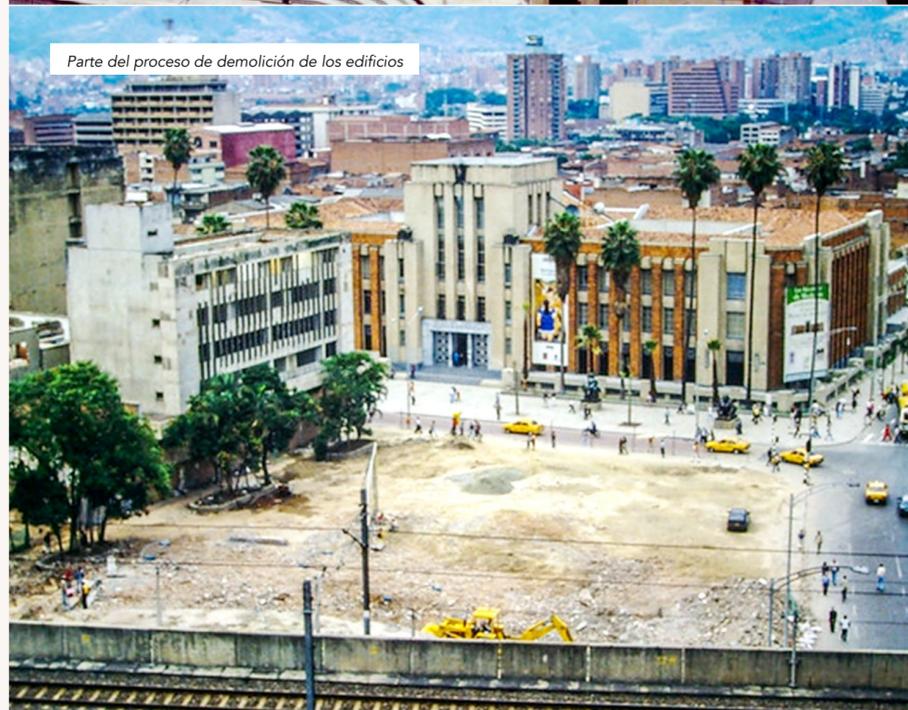
Fotos: Cortesía

Recién estrenando cargo y mientras pensaba en las estrategias para revitalizar el demarcado Museo de Antioquia, **Pilar Velilla** se paró un día cualquiera de 1998 en la esquina de la carrera Carabobo con la calle Calibío, en ese entonces abiertas al tráfico, a imaginarse una inmensa plazoleta que le diera una visual más despejada y limpia al antiguo Palacio Municipal, esa edificación que iba a recibir la colección que robustecería el renovado **Museo de Antioquia**, la gran donación del **Maestro Fernando Botero**.

Cuatro edificios obstaculizaban el sueño de la nueva directora del museo: el centro comercial Luna Park, que contenía los famosos billares del mismo nombre y locales comerciales, especialmente de cosméticos, peluquerías, cafeterías y un “**Sanandresito**”. También, hacia el sur, se levantaba una mole de cinco pisos ocupada mayormente por oficinas de abogados, uno más pequeño dedicado al comercio informal y hacia el oriente, y ocupando lo que antiguamente era el estacionamiento de los vehículos adscritos a la entonces Secretaría de Obras Públicas, recién se comenzaba a construir un edificio con su propia plazoleta tipo “**media torta**”, propiedad del Metro de Medellín.

“*La verdad es que esos edificios (el Luna Park y el de los abogados) no eran bonitos, ahí no había nada patrimonial y no tenían buena condición social, había muchos habitantes de calle muy niños alrededor y pensé: qué dicha tumbar todos estos edificios. A mí se me ocurrió que el mejor anzuelo para unir voluntades y lograr el sueño de la plaza era la donación que el Maestro Botero le iba a hacer a la ciudad*”. Así comienza su relato Pilar, la entonces nueva Directora del Museo de Antioquia.

El Alcalde **Juan Gómez Martínez**, que ejercía por segunda vez esta distinción, ya había dado el aval para que el museo funcionara en la antigua sede de la administración municipal, un bello edificio estilo Art Deco levantado en los años 30 por la firma **HM Rodríguez e Hijos**. Con la idea en la cabeza, Pilar se fue a la oficina de **Álvaro Sierra Jones**, Director de la Fundación Ferrocarril de Antioquia y le socializó el proyecto. “*La gente se burlaba de mí a carcajadas. Eso en ese momento sonaba estúpido. Medellín estaba en una situación crítica saliendo de numerosos*



problemas y yo proponiendo que la alcaldía comprara una manzana entera, que la demoliera e hiciera una plaza”.

Vender la idea

Sin embargo, **Álvaro Sierra** le compró la idea a **Pilar** y a través de la fundación trazó el primer boceto de cómo sería la plaza. **Luis Fernando Mejía**, arquitecto, grabador y dibujante, plasmó el proyecto en un pliego de papel Bond blanco. “*Con ese papel me fui luego donde el Gerente del Metro, Alberto Valencia, pero no me recibió. Me mandaron donde un arquitecto al que le conté la idea y le dije que aplazaran la construcción del edificio que ellos iban a hacer, pero como era una licitación ya aprobada, tuvieron, por ley, que construirlo de todas maneras*”, continúa **Pilar**.

En todo caso, ella logró despertar el interés del Alcalde **Gómez Martínez** y del propio **Maestro Botero**, a quien también le contó la idea. El **Maestro** se puso eufórico y soltó esta sentencia: “*si hacen una plaza y yo dono 14 esculturas con las que hago las exposiciones alrededor del mundo*”. **Pilar** le contó al Alcalde de la donación ofrecida por el artista y ese fue el pistoletazo de salida para comenzar en firme el proyecto.

El proceso

Con el entusiasmo en crecimiento, al **Maestro Botero** se le ocurría donar más esculturas y de las 14 proyectadas el tema terminó en 23 obras cedidas para el proyecto. Incluso opinó e intervino en el diseño de las fuentes, las bases y los materiales en las que iría cada creación “*para que estuvieran a la altura de la gente*”. Tampoco tuvo ningún reparo en que las tocaran y las disfrutaran sin dañarlas.

Arrancó entonces el proceso de compra de los predios, una batalla complicada porque 280 escrituras tenían problemas legales, lo cual demoraba el desarrollo de las cosas. “*A la directora de ese entonces de lo que hoy es la Empresa de Desarrollo Urbano – EDU-, Adriana González, habría que levantarle otra escultura porque ella solita en solo seis meses logró negociar, aplicando por primera vez en Colombia, la Ley de Expropiación Administrativa, que facilita el bien común sobre el particular*”. Continúa **Pilar Velilla**.

Se compraron los edificios y los locales, se acallaron con argumentos legales las protestas de los comerciantes y arrancó la etapa de demolición. Mientras los obreros derribaban las estructuras se acercaban cientos de personas a llevarse partes de los edificios. Eran hordas de gente desmantelándolos y nadie se atrevió a impedirlo para evitar una tragedia, lo que, paradójicamente, a la postre aceleró el proceso de demolición.

Pero faltaba el edificio nuevo, el del Metro. El Alcalde se empeñó en comprarlo para demolerlo, nuevo, sin ocupar y diversas voces se levantaron acusando de detrimento patrimonial. Se pensó en dejar una parte en pie por lo menos, pero la idea era que tenía que desaparecer pese al costo político que ello implicaría. “*El Alcalde estuvo investigado por la Procuraduría pero era más importante la plaza como ícono cultural que un edificio. Así se demostró y se demolió, también con ayuda de la gente*”, recuerda **Pilar**.

De todos

El proceso constructivo tardó algo más de dos años y finalmente la **Plaza Botero**, el Parque de las Esculturas o Ciudad Botero, como se le llama también

Son en total, 7.117 metros cuadrados en los que han crecido también especies como guayacanes, cipreses y ceibas. La obra integró la Plazuela Nutibara a la que también se le hizo una recuperación arquitectónica, especialmente de la fuente, diseñada por el Maestro Pedro Nel Gómez.

al lugar, se inauguró en 2001, un año después de la apertura del museo en el edificio actual. La labor educativa, de socialización y apropiación cultural del espacio no fue fácil. Fue otra tarea que tardó meses para evitar que la gente no rayara las obras, no se llevara las bancas, no desmantelara lo construido.

Finalmente se logró lo impensado, que la propia gente cuidara este espacio de ciudad y hoy en día es casi nulo el daño que le ocurre a las obras, solo el desgaste y la patina propios del paso del tiempo. Los visitantes tranquilamente pueden tocar las obras pero no agredirlas y para eso se cuenta con un grupo de cuidadores conformado por los propios fotógrafos y vendedores de artesanías y recuerdos en el lugar.

El proyecto de la plazoleta también incluyó la peatonalización de la carrera Carabobo y de la calle Calibío, por la esquina donde alguna vez se paró **Pilar** a pensar cómo se vería esa zona despejada, convertida en plazoleta y de pronto, poblada por las esculturas más reconocidas del artista más universal de nuestra historia. ■

Turismo en una plaza cosmopolita



Situr indica que Plaza Botero es el destino cultural más visitado de Medellín, con el 74.5% de preferencias por los extranjeros y el 73.2% por los turistas nacionales, muy por encima de las catedrales y otros museos.

Por: Juan Moreno
Fotos: Giuseppe Restrepo

“Oiga, aquí hay hasta colombianos”,

me dice uno de los fotógrafos que rondan constantemente la Plaza Botero, uno de los puntos de la ciudad que más extranjeros reúne por metro cuadrado en Medellín. Y aunque en épocas de pandemia son pocos los foráneos que se ven, sí se distinguen los turistas de otras partes del país. Por eso mismo: llevan pintas de turista.

Anderson Vera y Luz Bravo llegaron de Cali y el primer plan fue ir a conocer la plaza de las esculturas. Están en sus veintes y aunque no tienen mucha idea de quién es Fernando Botero sí quisieron ir a visitar el lugar que sale en todas las reseñas turísticas. “La cultura de la gente es muy chévere, la organización, el metro, la ciudad en general nos ha encantado. Este parque es muy lindo con las esculturas pero sí quisiéramos tener un poquito más de sensación de seguridad”, dicen casi al unísono.

Y es que lo variopinto del lugar, donde se reúnen en los alrededores venteros informales, prostitutas, habitantes de calle y vendedores de toda clase de chucherías y artesanías, a veces atemoriza un poco a los extraños, poco acostumbrados a semejante dinámica. Alberto es de La Dorada (Caldas) y vive en Bello Oriente. Además de ser fotógrafo itinerante, lleva 15 años como líder de la zona segura en la plaza, dice que su grupo es promotor de la seguridad ciudadana en el parque. Trabajan como enlace con la Policía del Turismo. “Esta zona es la principal vitrina de Medellín. Las alcaldías han trabajado en garantizar la seguridad y el espacio público pero necesitamos que no bajen la guardia. Esto ha sido muy sano también por la vigilancia privada”, dice.

Gracias al turismo muchas personas tienen alimento y cubren sus necesidades básicas. Alberto cuenta por ejemplo, que gracias a su oficio tiene a dos hijas estudiando en la Universidad del Tolima. Esculturas a escala, llaveros, imágenes, afiches, camisetas, gorras, artesanías, toda suerte de recuerdos del lugar también mueven la economía formal e informal, pues hay vendedores ambulantes y establecidos en locales, como el que atiende Daniela, una joven que despacha hace dos años en “Artesanías Botero”, un negocio de souvenirs ubicado en el costado sur, hacia la calle

Calibío. “En un tiempo bueno podemos cerrar a las 9 de la noche porque hasta esa hora se ven turistas por aquí. Ahora por la pandemia y la cuarentena apenas se está reactivando el movimiento de visitantes, sobre todo nacionales, y cerramos a eso de las cinco o seis pero seguramente todo irá mejorando con el tiempo y ojalá no se descuide la seguridad”, dice.

Referente del turismo en Medellín

Un grupo de turistas con rasgos indígenas se toma fotografías en una de las esculturas, mientras una exuberante morena posa junto a otra de las obras de Botero. Ella contrató a uno de los fotógrafos y le va indicando qué hacer. Parece estar decidida a sacarse imágenes en cada rincón del lugar, su sonrisa abierta y su espontaneidad inundan el lugar. Está feliz. Dice que es de Medellín pero parece una visitante más. Cosas que se ven en un sitio así. Mientras tanto una familia bogotana, que no quiere dar declaraciones, también se anima a posar para sus celulares en las pocas esculturas que quedan libres. Sus redes sociales se verán pronto alimentadas por el recuerdo de que estuvieron en uno de los lugares con mayor número de referencias en Colombia. Mientras tanto, los fotógrafos, que han desarrollado un ojo avizor que detecta de inmediato la presencia del foráneo, nos



los van señalando para que les hagamos nuestras propias fotos.

Antes de la pandemia identificar al extranjero no era difícil, pues siempre llegan en pareja o en grupo y están vestidos con sus pantalones cortos, camisetas alusivas al país o a equipos de fútbol nacionales, llevan sombrero vueltiao y la indefectible cámara al cuello. En sitios de internet como TripAdvisor, especializados en turismo, se registran más de cinco mil opiniones, casi la mitad de ellas ranqueadas como “Excelente”, donde ponderan el espacio, las obras naturalmente y los sitios aledaños, como el propio museo y los restaurantes que contiene.

Ramiro Cuartas tiene como 10 sombreros puestos en la cabeza y otros 20 en una mano, los vende a diferentes precios. “La gente viene buscando el tradicional ‘vueltiao’, pero también se le tiene el aguadeño y el tipo Panamá como el que usaba Carlos Pizarro, ¿se acuerda?. Esos son infaltables, por aquí también tengo de cuero, de felpa o el gardeliano, porque acuértese que estamos en la ciudad del tango, pelao”, me dice con su figura enjuta y una experiencia acumulada de muchos más que los 20 años que tiene la Plaza.

Eventos

La Plaza Botero ha servido también para albergar algunos de los eventos de ciudad como el Festival Internacional de Tango Ciudad de Medellín, que ha sido el gran escenario en numerosas ocasiones, una de ellas la presentación de la cantante argentina Susana Rinaldi en 2018. También, ha recibido el tradicional Mercado de Sanalejo mientras se hacían las obras de reparación en el Parque Bolívar.

Música, teatro, dibujo, exposiciones de patrimonio e historia también tienen como sede este lugar, actividades generadas por el propio Museo de Antioquia, la Alcaldía de Medellín o la Universidad de Antioquia. “Vive la Plaza” es una de las agendas más importantes de la programación del museo, esta iniciativa tiene como protagonista las propuestas de artistas y colectivos culturales que promueven el diálogo, el debate y la reflexión sobre el espacio público.

El programa nació en 2014, año en que realizó distintas activaciones con los vendedores ambulantes de la Plaza Botero, mercados campesinos, conciertos, laboratorios de dibujo, peluquería experimental; y

Según el Sistema de Indicadores Turísticos -Situr- Antioquia, la Plaza Botero es el sitio preferido para hacer turismo en Medellín por el 59.4% de los turistas nacionales y el 65.1% de los extranjeros.

A la Plaza Botero se llega directamente en el metro de Medellín, estación Parque de Berrío. También hay posibilidad de alojamiento en el tradicional Hotel Nutibara, a una cuadra de distancia.

continuó con Skate a la Plaza, laboratorios de cultura libre y radio comunitaria, además de una jornada de Paz a la Plaza como acción para reflexionar sobre el acuerdo de paz en Colombia.

Hoy la Plaza Botero espera a que vuelvan los visitantes en masa después de la pandemia o cuando por lo menos los protocolos de viaje estén activados de manera más fluida. Por ahora se escuchan acentos del interior del país, de la costa, del sur y por supuesto, el de los hermanos venezolanos, que también se buscan la vida en el lugar. “Ya uno extraña los idiomas incomprensibles, la gente hablándole a uno por señas y claro, esas monas tan hermosas como holandesas o alemanas, yo no sé. Igual para nosotros todas son gringas”, ríe Ramiro mientras se aleja con su torre de sombreros, añorando que vuelva la “Torre de Babel” que siempre ha sido la plaza, tan universal como el arte de Botero



De Palacio Municipal a Museo de Antioquia

Este edificio de 18.000 metros cuadrados fue el primero en Medellín en ser diseñado por una firma de arquitectura local. Hoy alberga más de 7 mil obras, entre las que se encuentran más de 60 donaciones del maestro Fernando Botero.

Por: **Andrés Puerta**

Fotos: **Omar Portela**

Ciertas construcciones se conectan de manera simbólica con el espíritu de las ciudades: la Torre Eiffel se inauguró para la Exposición Universal de París, en 1889. Inicialmente a los parisinos les pareció fea e intentaron que fuera derrumbada, pero, años después, se convirtió en el emblema por excelencia de la capital francesa y uno de los espacios más fotografiados del mundo. El Empire State hace parte de la representación de Nueva York, durante 40 años fue el edificio más alto del mundo, sede de películas paradigmáticas como King Kong y sitio de visita obligado para quienes van a la llamada Capital del Mundo. La Sagrada Familia en Barcelona tiene el misterio encantador de ser una catedral inconclusa, su magia radica en la imaginación desaforada de Gaudí que, hasta ahora, no ha podido ser culminada. En Medellín hay construcciones que también están conectadas con el palpitar de la ciudad, una de ellas el antiguo Palacio de la Cultura, el primer edificio construido en la capital antioqueña por una firma local.

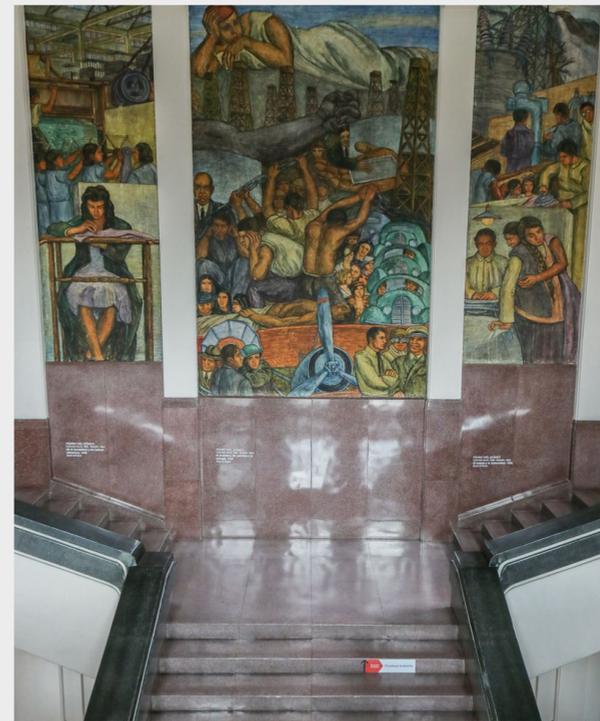
El investigador **Luis Fernando Molina Londoño** considera que es la mejor edificación de la ciudad y una de las más importantes de la arquitectura colombiana en el siglo XX. El diseño se contrató mediante un concurso público y con una instrucción precisa, únicamente podían participar firmas locales y se usarían materiales nacionales. Los participantes tuvieron tres meses para presentar sus propuestas. El concurso fue ganado por H. M. Rodríguez e Hijos, que fue la primera gran firma para el diseño y construcción de edificios creada en Medellín.

En H.M. Rodríguez se destacó la presencia de **Martín Rodríguez**, quien desde muy joven demostró un gran talento para el dibujo arquitectónico. Su precocidad creativa lo llevó, a los 16 años, a diseñar el Banco Republicano, un edificio ubicado en el Parque de Berrió, que fue demolido para construir el de la Compañía Colombiana de Tabaco. Martín estudió arquitectura en la Universidad de Columbia, en Estados Unidos, y luego se vinculó a la firma fundada por su padre. A la muerte de este, se encargó, junto con su hermano Nel, de dirigir un gran número de obras en todo el país. Martín Rodríguez fue presidente de la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín, gran impulsora de la construcción del **Hotel Nutibara**, cuyas obras

dirigió, de acuerdo con los planos del norteamericano **Paul Williams**.

Nel Rodríguez, quien en ese momento era un arquitecto de 30 años, fue el encargado de los diseños del **Palacio Municipal**, una de sus obras más importantes, aunque son suyos también: el Hospital Mental de Antioquia, la Compañía Colombiana de Tabaco, el Teatro Pablo Tobón Uribe, el Banco Central Hipotecario, la Editorial Bedout, el barrio Conquistadores y algunas viviendas particulares, varias de ellas ubicadas en el barrio Prado.

La construcción de este edificio marcó un camino en el proceso de la modernización de la arquitectura de Medellín. En el fallo emitido, cuando la firma ganó el concurso para su construcción, se destacó la distribución de los locales, las facilidades para la circulación, la cuidada instalación sanitaria, el conjunto sobrio y armónico de sus fachadas, que hacen parte de la definición de su carácter. Dentro de los miembros evaluadores estaba otro personaje que sería definitivo para el Palacio: **Pedro Nel Gómez**, nombrado por la Sociedad de Ingenieros. Los otros jurados fueron los arquitectos **Tulio Medina** y **Félix Mejía** (quien nombró en su remplazo al ingeniero **Rafael Toro**), nombrados por el Concejo; el arquitecto **Jesús A. Mejía**, nombrado por la Sociedad de Mejoras Públicas y el ar-



quitecto **Arturo Longas**, nombrado por la Sociedad de Arquitectos.

Los diseños estaban listos en 1927, pero la construcción se fue dilatando por diferentes razones, entre las que se encuentran los problemas para la adquisición de los terrenos y la crisis económica mundial, que comenzó en 1929. Finalmente, la inauguración fue en 1937. En el edificio se combinaron diferentes materiales y técnicas, el ladrillo que se imponía en la ciudad desde mediados del siglo XIX y que había tenido en **Enrique Hausler** (abuelo de Martín y Nel), en **Horacio Rodríguez** (padre) y en el francés **Carlos Carré** (edificios Vásquez y Carré), unos de sus mayores impulsores. En el Palacio, también se incluyeron materiales como el concreto reforzado, el hierro y el vidrio, que estaban muy de moda por esa época en Estados Unidos.

En el edificio se destacan el patio central, los ladrillos a la vista y los murales pintados por el maestro **Pedro Nel**, entre los que se encuentran: La mesa vacía del niño hambriento, El minero muerto, Intranquilidad por enajenamiento de las minas, La danza del café, Las fuerzas migratorias del departamento, el tríptico Homenaje al trabajo y La república, esta última ubicada en el recinto del Concejo y avaluada en su momento en doce mil pesos. En total fueron 300 metros cuadrados de frescos en el Salón del Concejo y se terminaron en 1938. El edificio fue sede de la Alcaldía y el Concejo de Medellín hasta 1987, cuando se trasladaron al **Centro Administrativo La Alpujarra**.

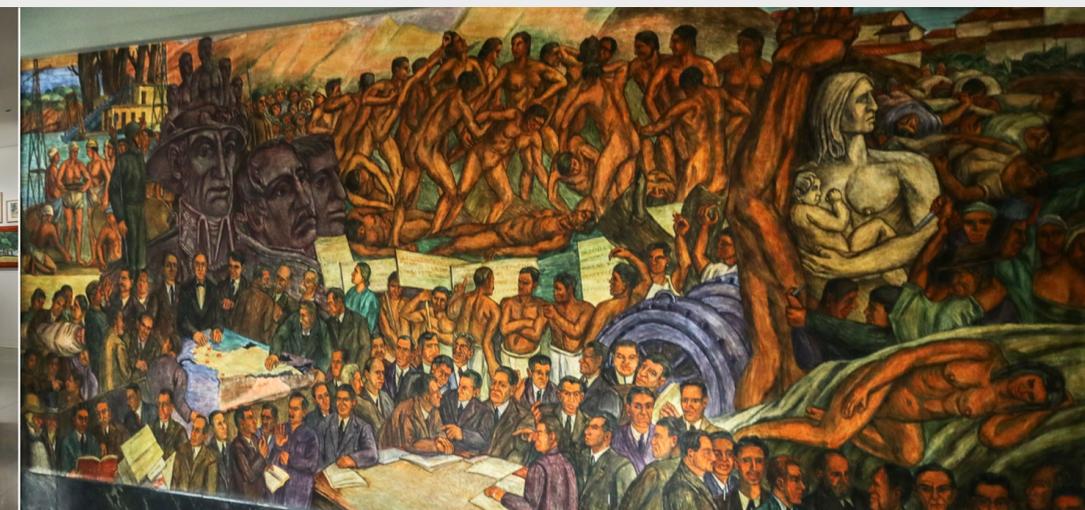
El Palacio fue adquirido por Empresas Públicas de Medellín, que guardaba equipos allí, mientras el edificio estaba cerrado. Entre 1995 y 1997 fue

sometido a restauración y en el año 2000, la edificación se convirtió en el **Museo de Antioquia**, que tiene una colección de más de 7 mil obras, es el segundo más antiguo del país y cuenta con más de 60 donaciones del maestro **Fernando Botero**.

Para la actual directora del museo, **María del Rosario Escobar**, es el arquetipo de lo que significa el urbanismo social y es pionero en los alcances que pueden lograr las asociaciones entre lo público y lo privado. Representa un símbolo en la transformación de Medellín, que pasó de ser la ciudad más violenta del mundo a un destino turístico apetecido, en el que el **Museo de Antioquia** y la **Plaza Botero** son sitios de visita obligados.

El edificio del antiguo Palacio Municipal cuenta con más de 18 mil metros cuadrados y tecnología de punta, además alberga algunas de las obras más emblemáticas del arte antioqueño. Para lograr su remodelación fue necesario todo un movimiento de ciudad y la articulación de voluntades. Por un lado, el alcalde del momento, **Juan Gómez Martínez**; el sector privado, representado por **Tulio Gómez**, quien se convirtió en gerente del proyecto; la Fundación Ferrocarril de Antioquia, en cabeza de **Álvaro Sierra Jones**, quien era consciente de la importancia del Palacio Municipal y quería que fuera la sede del museo; **Juan Luis Mejía**, quien desde el Instituto Colombiano de Cultura también fue un impulsor. La sociedad civil se movilizó para participar del proyecto, **Ana María Villa** lideró una recolección de cartas dirigidas al maestro para que mantuviera la voluntad de hacer la donación. **Pilar Velilla**, quien fue la encargada de dirigir el museo en esa época y de liderar el proyecto, afirma que Botero nunca pensó en declinar la donación. Al contrario, su consagración como artista también estaba ligada a tener su obra expuesta en su ciudad natal, como ha sucedido con los grandes maestros del arte universal.

En uno de los momentos más complejos para Medellín, el artista antioqueño más representativo entregó una donación sin precedentes, que se convirtió en un arquetipo de recuperación para la ciudad, el edificio del Museo de Antioquia es uno de los principales testigos



El Museo de Antioquia dialoga con su entorno

Los últimos años de gestión del museo se han caracterizado por una intensa y constante conversación con su entorno, haciendo de este espacio uno de los más democráticos de la ciudad, según su directora.

Por: **Andrés Puerta**

Fotos: **Giuseppe Restrepo**

Como parte del programa Diálogos con Sentido, el Museo de Antioquia llevó a un chef para que les enseñara a los niños a cocinar. El señor comenzó a mostrar cada uno de los implementos de cocina y les preguntaba para qué servían: el delantal ayudaba a que no se ensuciara la ropa; la cuchara, se usaba para tomarse la sopa. Cuando levantó el cuchillo, todos le respondieron que se usaba para robar y para matar, a ninguno se le ocurrió decir que se utilizaba para cortar los alimentos. El cocinero estaba muy sorprendido, nunca pensó en esa respuesta porque apelaba a la inocencia infantil de su público.

El Museo convive con un entorno complejo, una gran cantidad de problemáticas gravitan en sus alrededores: desde robos, venta de estupefacientes o prostitución, hasta abuso de menores. Uno de los grandes propósitos ha sido habitar y transformar el espacio a través de su presencia permanente.

Para **María del Rosario Escobar**, actual directora del Museo, la **Plaza Botero** es de los escenarios más democráticos de Medellín. Los turistas pueden encontrar un espacio abierto donde cohabitan las luces y las sombras de la ciudad. Se ha convertido en un eje articulador, a diferencia de las demás plazas construidas alrededor de una iglesia, esta gravita alrededor del arte y la cultura. Permanentemente hay enamorados tomándose fotos, niños de los colegios haciendo recorridos, artistas callejeros presentando sus funciones, culebreros tratando de vender pomadas para los dolores. De hecho, muchas manifestaciones culturales que antes eran propias del Parque Bolívar, hoy se congregan allí.

El Museo siempre ha sido un espacio abierto para la conversación con el entorno. Ya **Manuel Uribe Ángel** reflexionaba en sus textos sobre las gallerías, los bares y la vida comercial que, para él, interrumpían la presencia de la biblioteca y el museo como espacios educativos.

Para **María del Rosario Escobar**, el museo nunca ha sido indiferente a temas como la explotación sexual infantil, los habitantes de calle, las plazas de vicio. Para ella es una institución porosa, zona y museo cohabitan, por eso su estrategia es que esté abierto 360 grados, que interactúe completamente con el entorno.

Desde cuando era la sede de la Alcaldía, cada puerta que se abría era una oficina de atención al público. En Carabobo con la Avenida de Greiff se rifaba la Lotería de Medellín y la gente se agolpaba en la calle para presenciar los sorteos, para imaginar un cambio repentino de la suerte con el girar de las tómbolas y la aparición de las balotas. Allí también tenían espacio los Bomberos, estaba la Secretaría de Educación, las Oficinas de Instrumentos Públicos y Catastro. Cuando la Alcaldía se trasladó a la Alpujarra, las puertas se cerraron y se convirtieron en murallas.

Por esa época, muchos museos estaban concentrados en cuidar las colecciones que estaban dentro del edificio. Con la globalización, además, se intentó conseguir exposiciones de grandes pintores universales. Todos los museos importantes tuvieron este tipo de muestras para satisfacer las demandas del turismo cultural. No obstante, otras pinacotecas empezaron a ocuparse de su entorno y sus comunidades, en un proceso que **María del**

Rosario Escobar denomina arte relacional. El Museo de Antioquia procura hacer grandes exposiciones, pero también se concentra en sus comunidades, trabaja por la transformación de la sociedad.



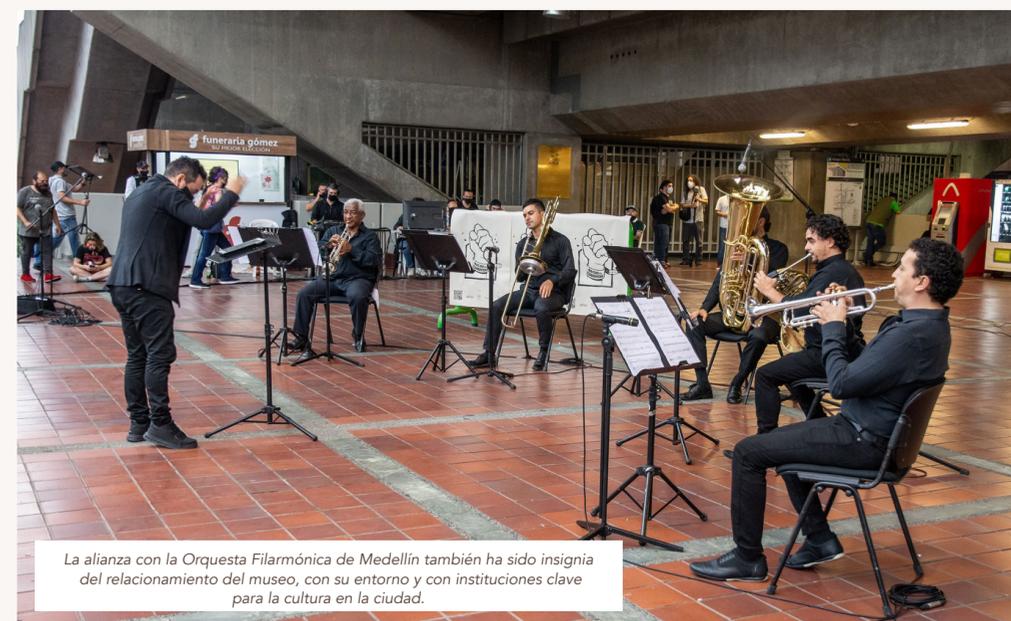
Desde hace cuatro años el Museo de Antioquia desarrolla un programa con los niños del centro.

El edificio cuenta con 82 puertas que están abiertas todo el tiempo con el propósito de no negar lo que ocurre afuera, de hacer más tangible la relación con el entorno. El objetivo es generar contenidos que se involucren con el espacio circundante, abrir el abanico, defender el espacio público. El museo no es tolerante con las problemáticas, está activo y tiene los ojos abiertos con respecto a todo lo que pasa en sus alrededores: la explotación, la desprotección de la infancia, las plazas de vicio, las formas de ataque al patrimonio, los grupos ilegales que se toman el espacio público, las problemáticas derivadas de la migración. También hay una reflexión profunda acerca de los temas ambientales. En la zona se respira la peor calidad del aire de la ciudad, los empleados sufren los rigores y hay problemas de lluvia ácida que han deteriorado las esculturas. Por esto están potenciando alianzas con entidades como el Área Metropolitana.

La pandemia de la COVID-19 los ha golpeado fuertemente porque sus principales públicos son los turistas y los colegios ¿qué pasa con el Museo cuando no llegan los niños ni los foráneos? ¿Quiénes son las personas que deciden tomar su carro o el transporte público para ver las obras de **Botero**, de **Francisco Antonio Cano** o los murales de **Pedro Nel Gómez**?

Están tratando de responder a esos interrogantes. Habían realizado un trabajo muy importante de formación de públicos, que tendrán que recomenzar. Como estrategia, también están fortaleciendo los contenidos digitales. Por ahora, en la página web, no están disponibles todas las obras.

Para mantener contacto con su entorno, el museo ha generado diferentes iniciativas, como el programa Barrios Amigos, que permitió a muchas personas conocerlo, también han realizado lanzamientos de libros, coloquios, proyecciones de cine, conciertos, talleres de arte.



La alianza con la Orquesta Filarmónica de Medellín también ha sido insignia del relacionamiento del museo, con su entorno y con instituciones clave para la cultura en la ciudad.

Hace cuatro años están desarrollando un proyecto con los niños del centro. Para **María del Rosario**, una de las poblaciones más excluidas, ya que en el corazón de Medellín hay pocas actividades para ellos: "No hay escuela de música, biblioteca infantil, solo había un jardín Buen Comienzo en San Benito". Por eso están trabajando con los pequeños de los alrededores, algunos habitan los inquilinatos y otros acompañan a sus padres que llegan a las distintas zonas de trabajo, formales e informales. El propósito es que el **Museo de Antioquia** sea un entorno protector. De esta iniciativa surgió un Jardín Buen Comienzo (un programa que brinda educación inicial y promueve el desarrollo de los niños en sus primeros cinco años

de vida), ya que muchos chiquillos comenzaron a faltar a los proyectos o cuando les daban el refrigerio no se lo comían porque lo guardaban para sus hermanitos más pequeños.

El museo ha ido más allá y ha tratado de llevar las estrategias de protección a los hogares. Por eso han tratado de involucrar a los diferentes actores. La directora cree que es importante llevar más proyectos para la infancia al centro: las ludotecas, las Escuelas de Música, integrar todo el proyecto social público, en términos de infraestructura, pero también involucrar a la Secretaría de Cultura, la Biblioteca Pública Piloto, el INDER. Para ella, es necesaria una estrategia integral.

Algunas empresas han propuesto proyectos para prevenir la vulneración de los niños, pero la realidad les ha mostrado que muchos ya han sido vulnerados. Desafortunadamente, muchos programas no pueden centrarse en la prevención sino en la atención.

También han generado iniciativas para capacitar a mujeres trabajadoras sexuales. Por ejemplo, las enseñan a cultivar. En la zona, el tema de la prostitución está muy extendido. Se han acercado a ellas y han conocido realidades como que a los 35 años ya son mayores para ejercer su oficio, también han enfrentado historias de algunas mujeres que presionan a sus hijas menores para que también se prostituyan.

Con el tema de la pandemia, menos gente está habitando el centro y eso ha disparado la inseguridad. Por ello, están intentando acciones para recuperar la calle. Hicieron una convocatoria para que los artistas generaran carteles que reflexionan acerca del coronavirus y la necesidad de protegernos. Junto con la Orquesta Filarmónica de Medellín, están preparando un concierto. Todas estas iniciativas tienen como fin que el Museo de Antioquia esté siempre abierto, en contacto permanente con su entorno.



En el parqueadero del museo, por el costado de la calle Cundinamarca, las huerteras comunitarias tienen un espacio para cultivar y desarrollar sus actividades. Muchas de ellas ejercían o ejercen la prostitución.

El trasteo de un mural: misión del tamaño de un Botero

El único fresco del artista que se conserva en la ciudad será trasladado al Museo de Antioquia. La pandemia ha retrasado la titánica tarea.



Este es el único fresco de Botero que hay en Colombia. Mide tres metros de alto y nueve de ancho.

Ubicación actual
Centro Comercial New York Plaza

Por: **Vanesa Restrepo**

Fotos: Omar Portela

En un mar de letreros que anuncian descuentos y promociones en el centro de Medellín se esconde una de las obras de **Fernando Botero**. “Paisaje con jinete” se llama, es el único mural del artista que aún existe en Colombia y pronto será trasladado. Sí, la obra completa será “arrancada” de los muros del centro comercial **New York Plaza** para ser instalada en el **Museo de Antioquia**.

Y aunque ese traslado se había anunciado desde principios de 2019, la tarea no es fácil. Primero había que poner de acuerdo a varias partes, incluyendo Comfama y el Museo que son los responsables; y además buscar expertos en este tipo de trabajos. El plan era que todo se hiciera a comienzos de 2020, pero llegó la pandemia.

María del Rosario Escobar, directora del Museo, aseguró que ya están listos los preparativos — incluido el protocolo de bioseguridad— para que en los primeros meses de 2021 se pueda cumplir con la tarea. “Este será un trabajo de unos cuatro meses porque se debe hacer el desprendimiento del mural, el traslado y la instalación sin afectar la obra. Es difícil dar una fecha para el inicio porque no sabemos qué pueda pasar con la pandemia, pero creemos que podría ser para febrero”, dijo.

En el desprendimiento del fresco se tiene estimado que trabajen unas seis personas especializadas en movimiento de murales. Y aunque aún no

se tienen claros muchos de los detalles logísticos, no se descarta que sea necesario cortar la obra en dos partes y luego unirlos con métodos de restauración especializados.

“Yo no me atrevo a decir cómo será ese traslado porque hay muchas cosas que tienen que verse en el momento. Lo que sí es una prioridad es, por supuesto, la conservación de la obra”, agregó Escobar, quien confirmó que la nueva casa del fresco será una de las salas del museo que en 2021 tendrá dos fiestas: el aniversario 140 de su fundación y el Año Botero, por los 20 años de la inauguración de la plaza de las esculturas.

¿Pero cómo llegó un mural de Botero a un centro comercial?

La verdad es que el edificio fue el que cambió de uso, confirma **Jovany Gómez**, comerciante del sector y quien durante más de 30 años ha visto cómo la edificación cambia de uso. Cuando llegó era sede del Banco Central Hipotecario, BCH.

Fue precisamente el banco el que realizó, entre 1959 y 1960, un concurso de arte para darle vida y personalidad a su sede de Colombia con Cúcuta, construida por el arquitecto **Nel Rodríguez**. Los registros históricos confirman que la pintura se materializó entre febrero y abril de ese año.

“El mural es concebido bajo un tema casi por todos identificable: los cuentos de la infancia (...) A pesar del carácter infantil del tema, es obvio que no todas las escenas y anécdotas representan lo lú-

dico; la presencia de juegos siniestros y personajes misteriosos en la composición del fresco, desvelan un simbolismo similar al del *Guernica* de Picasso”, cuenta **Nubia Janeth González** en su tesis doctoral “Colombia en la pintura de Fernando Botero”.

En los años 90, con la liquidación del banco, el edificio quedó desocupado. En 1993 el propio Botero visitó la galería Marlborough de Nueva York y se encontró con unas fotos de su mural y al preguntar qué hacían allí le contaron que las directivas del banco estaban averiguando cuánto podía valer la obra. El artista se molestó y le contó la historia al periódico *El Tiempo* que en octubre de ese año la publicó y aclaró que el mural fue tasado en 500.000 dólares pero solo si iba a ser asegurado, pues los frescos no se venden y, por lo tanto, no tienen valor comercial.

“La humanidad ha entendido que los libros no se queman ni que los frescos se arrancan. Eso lo ha entendido hasta la gente más humilde, salvo en ese banco. Yo ya les mandé un mensaje para que no sean vulgares. Lo que están pensando hacer es inaudito”, dijo en su momento el artista.

Luego la caja de compensación Comfenalco llegó al edificio y abrió una biblioteca y un centro educativo que funcionaron hasta 2014. Más tarde se instaló un parqueadero de motos en la edificación y en 2019 nació el centro comercial que hoy lo alberga.

Con la nueva casa, esperan los responsables del proyecto, la pintura podrá ser mejor conservada y admirada. ■